GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA.

LO DE SIEMPRE,

JUGUETE EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS

Conrado y Baselga Luis

SRES. SOLSONA (D. C.) Y SANTA ANA (D. L.).

MADRID.

SEVILLA 10, PRINCIPAL.—PEZ, 40.

1881.

9

LO DE SIEMPRE,

JUGUETE EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS

SRES. SOLSONA (D. C.) Y SANTA ANA (D. L.)

Representado en el teatro de Variedades con éxito escelente
la noche del 27 de Noviembre de 1880.

MADRID.
IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.
1880.

PERSONAJES.	ACTORES
MARGARITA.......	SRA. HIJOSA.
DOÑA CONCEPCION	RODRIGUEZ (D.ª C.)
POMPEYO..........	SR. VALLÉS.

La escena en Madrid. Epoca actual.

ACTO UNICO.

Sala elegantemente amueblada.—Puerta al foro que dá á la calle.—Puerta á la derecha que dá á un gabinete.—Puerta á la izquierda que dá á otro gabinete.—Balcon á la izquierda que dá á la calle.—Mesa consola y espejo á la derecha.—Sofá á la izquierda en primer término. Todas las puertas con cortinas.—Sillas y butácas.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CONCEPCION, POMPEYO

(Saliendo del balcon despues de decir los dos primeros versos.

POMP. ¡Melancólica divina!
¡Qué luna, qué resplandor! (Baja al proscenio.)
¿No ha venido su sobrina,
mi futura?

CONCEP. No señor.

POMP. ¡Del afan y la emocion
este es el último paso!

CONCEP. ¡Sí, sí!

POMP. ¡Doña Concepcion,
nada, me caso, me caso!
¡Alma que viene á sufrir
de este mundo en el azar,
despierta para vivir,
y víve para soñar!
La dicha es la fantasía
que no siente el que reposa;
el amor es la poesía

y el matrimonio la prosa.
Amantes, al mundo sordos
forman uno entre los dos;
y, ó los dos están muy gordos
ó están muy flacos los dos.
El matrimonio á mi ver
en esta regla perece;
si se engorda la mujer
el marido se enflaquece.
¡Ley eterna, ley fatal!
Vive en esta relacion
la carne de cada cual,
el génio y la condicion.
Horas breves del placer,
Pompeyo, son tu quimera...
Así pensabas ayer
y hoy piensas de otra manera.

CONCEP. Le aplaudo si se enmendó
con propósitos sinceros,
que no en balde serví yo...

POMP. ¿En dónde?

CONCEP. En carabineros.

POMP. Y fué usted, segun la cuenta,
alguna moza corriente

CONCEP. No, señor, la subtenienta,
señora del subteniente.
Así, ariscota y adusta
partí con mi esposo el mando,
y por eso no me gusta
el amor de contrabando.
Se llamaba Juan! ¡qué nombre!
¡qué calma! ¡qué bonachon!
¡No era un marido aquel hombre!
no, señor, era un colchon!
Aunque tuvo el genio fiero
supo guardarle escondido:
cuando yo gritaba, *envido*,
contestaba siempre, *quiero*.

Murió; se aumentó mi afan,
vivo así desde aquel dia
y echo de ménos á Juan
y á toda la compañía.
Mal mi vida se conserva;
¡negro destino, venciste!
Pobre, sola, viuda, triste,
ya he pasado á la reserva.
Viuda, á mi difunto fiel
como á un santo le venero;
pero ¡qué marido aquel!
pero ¡qué carabinero!

POMP. ¡Calma, sosiego, paciencia!

CONCEP. Ya consolándome voy.

POMP. Que cuando venga Inocencia
la diga usted que aquí estoy.
Y si piensa usted tardar,
de mi honor...

CONCEP. En él confio. (Se vá.)

POMP. Esta me quiere liar
y yo soy quien me las lio. (Pausa.)

ESCENA II.

POMPEYO solo.

¡Qué valor se necesita
para ser hombre de bien!
Un hombre que está casado
y que quiere á su mujer,
y que engaña á una señora,
y que dá palabra fiel
de matrimonio, de amor,
de vicaria y de juez...!
Y hace el oso como un chico
y anda por ahí en un pié,
se verá muy pocas veces,
pero alguna vez se vé.

Ya estoy solo, aquí, en su casa...
¡Angel de mis ánsias, ven!
Ya no faltan más que cinco
minutos para las diez.
¿Llaman? ¿Si será...? Escuchemos...
¡No viene, no puede ser...!
Llegará en punto á la hora,
por más que costumbre es
que ántes llegue en estos lances
el hombre que la mujer.
El primer paso en el mal
y el primer paso en el bien,
siempre partirá del hombre,
que el hombre primero es;
y como de una costilla
hicieron á la mujer,
para que mujeres haya
costillas son menester.
Cinco á un lado, cinco al otro,
es decir, delante diez:
si otras diez tengo detrás
son veinte costillas ¡pues!
¿Que para cuantas mujeres
sirvo yo? preguntareis.
Teniendo veinte costillas,
para veinte, ¡ya se vé!
En fin, de lo que se trata
es de ser hombre de bien
y esta noche se liquida
de mi amor el almacen.
Aquí traigo para muestra
envuelto en este papel
el requisito postrero,
la pulsera que compré
por doscientos veinte reales
en la calle del Clavel.
(La deja encima de la consola.)
Aquí la carta, el billete... (Leyendo.)

«Señorita, sepa usted
»el secreto de mi vida:
»Me he casado y estoy bien;
»tengo una mujer muy guapa,
»muy chiquitita, muy fiel,
»muy lista, muy hacendosa,
»muy bonita, como usted;
»una suegra como un templo,
»una cotorra, un lebrel,
»un chico como un trinquete
»y un ama como un cuartel.
»La regalo á usted los cuadros,
»las sillas, el neceser,
»la ropa blanca, el espejo
»y el mueble de hacer crochet.
»Cuando usted me necesite,
»si puedo, la serviré,
»quedando reconocido
»suyo que besa sus piés,
»*Pompeyo Ruiz de Velasco*
»por siempre jamás amen.» (Cierra el sobre.)
La escondo de esta manera... (Debajo del tapete.)
y al levantar el portier,
mientras yo tomo el portante,
la digo... «Hija mia... ¿eh?
ahí queda la esplicacion
de la pulsera, el papel.»
(Transicion.) Este mundo en que nacemos
es lo mismo que una nuez,
la mitad de fuera, agenjo,
la mitad de dentro, miel,
y siendo lo amargo el hombre
y lo dulce la mujer,
si á nadie le amarga un dulce,
¿por qué negarlo? ¿por qué?
Yo tengo esa propension...
me enamoro sin saber;
me casé, porque mi novia

me dijo; «Cásese usted.»
Me volveré á enamorar
como se me vaya un pié,
y á casarme volvería
si eso se pudiera hacer.
¡Qué valor se necesita
para ser hombre de bien!
A mi me cuesta un trabajo
inícuo, fiero, cruel.
Al ver una cara guapa
No me puedo contener.
¿Qué todas me gustan? ¡Claro!
¿Qué á todas las quiero? ¿Y qué?
Distinguir entre mujeres
es villano y descortés.
No hay ninguna que sea fea
ni que por estorbo esté;
al que le sobre la suya
Ternera cuarenta y tres
tiene su casa, la mia;
pero puede disponer. (Pausa.)
Despues.. ya están viendo ustedes
lo que sucede despues;
con buen fin, como yo quiero,
cualquiera puede querer;
es suestion de una pulsera,
un regalo y un papel. (Llaman.)
¡Están llamando, no hay duda! (Llaman.)
Vuelve á llamar; ¡ella es!
No me descubran ustedes
que la voy á sorprender. (Se oculta.)

ESCENA III.

MARGARITA entra con el velo sobre el rostro, impaciente y agitada.

MARG. No hay duda, aqui debe ser;
las señas han convenido,

y esta sala será el nido... (Se descubre.)

POMP. ¡Santa Rita! ¡Mi mujer! (Oculto.)

MARG. Yo no sé dónde se esconden
las gentes de esta morada,
que entro y no me dicen nada,
y llamo y no me responden. (Pausa.)
Este es un país de infieles,
y el gobierno liberal
que mantiene ese fiscal
que recoje los papeles,
debe, si no dá al olvido
su obligacion buena ó mala,
mantener una fiscala
que recoja á mi marido.
Y no hay que pedir mercedes
en favor de nadie! Sí...
Si lo que me pasa á mí
les pasa á todas ustedes... (Pausa.)
(Deja el manto.) Tal vez pregunte la gente
como supe yo que aquí,
mi marido y ella y...
de la manera siguiente:
Una jóven desgraciada
y doncella, aunque á mi ver
por mal nombre debe ser,
porque aquí bueno no hay nada,
se me presentó contrita
haciendo con su humildad
un acto de caridad,
y me dijo. «Señorita:
estoy sirviendo á merced
en casa de una Inocencia
que tiene mucha influencia
con su marido de usted,
y hoy juntos se han de encontrar
en la casa... ¡Dios bendito!
á donde va el señorito
por la noche á trabajar.»

Y á la cita tentadora
acudo en mi purgatorio;
él será Don Juan Tenorio
y yo la comendadora. (Pausa.)
(Transicion.) Le conocí una mañana
en los altos del Retiro;
de una flor y de un suspiro
fué nuestra pasion hermana.
Satisfechas y tranquilas
mamá y yo, en aquel verjel
íbamos á ceger lilas
y le cogimos á él.
Con la mirada me abrasa,
con la frase le sujeto,
él me ofrece su respeto,
mamá le ofreco la casa.
Y pasa un dia y un mes,
y el quinto, el sesto pasó,
y á los nueve, nos casó
el cura de San Andrés.
Entre suspiros nos vimos,
entre luces nos casamos,
y la luna que soñamos
brilló como la finjimos.
Pero en las caricias mias
fué perdiendo el interés,
que la luna dura un més
y los cuartos ocho dias.
Convidándole yo á bodas
con el amor que soñó,
ántes le gustaba yo
y ahora ya le gustan todas.
Por todas está perdido,
rinde á todas su querer;
si hacen caso á mi marido,
mi marido ¿qué ha de hacer?
Y pregunto dolorida:
«Mundo vil, que así me hieres,

¿dónde están esas mujeres
que dicen que sí enseguída?»
(Más tranquila,) Vamos á ver, ¿es mejor
que yo, toda esa ralea?
Yo no me tengo por fea
y no lo soy, no señor!
Por mi estatura no es cosa
que armemos una reyerta;
chiquita pero despierta,
morena, pero graciosa.
Anteayer por la mañana,
detrás, siguiendo la pista,
me dijo un telegrafista
en el Retiro: «*Barbiana.*»
De su amor en el esceso
demostrándole con creces,
repitió la flor tres veces;
«*Barbiana.*» ¿Qué será eso?
Pues bien, con tanto luchar,
mi marido me engañó,
y aquí me presento yo
porque aquí debe llegar.
Aquí me arrastra el destino;
aquí le confundiré;
si no viene, le traeré,
y si viene, le asesino!
(Transicion.) Doña Concepcion Quiñones
vive aquí desque enviudó;
su marido reventó;
¿de qué? de sofocaciones.
Y por no hacer calendarios
conmigo al anochecer,
viene aquí el mio á emprender
trabajos estraordinarios.
Rendido lo aseguraba;
galante lo prometia;
él así me lo decia
y yo así me lo tragaba!

¡Contradiccion singular!
Aunque me enciende el furor,
aun le quiero á ese traidor
sin poderlo remediar.
Si por él vivo sufriendo:
es así, blando, sencillo,
y es el padre de un chiquillo
que tengo en casa durmiendo.
Que es mi amor, mi frenesí
sin luchas y sin engaños;
tiene unos ojos tamaños,
y unos mofletes así! (Los hincha.)
¡Qué manitas y qué piés!...
y llora y se desespera,
y le muerde á la niñera. (Pausa.)
¡Conque... lo qne hará despues!
Pero quejándome voy
de Pompeyo y su desden,
y aun no he examinado bien
esta casa donde estoy.
Una puerta para entrar
á este cuarto, el otro en pos;
sofá para descansar,
gabinete. ¡Santo Dios!
De esa cortina detrás
todo un infierno adivino;
alli estará el asesino...
¡Atrás, Margarita, atrás!
De mis derechos no cedo,
que accion miserable fuera.
¡La consola...! ¡una pulsera...!
¡Me está bien...! pues me la quedo.
(Se la pone.) (Pausa.)
Ella, por quien yo sufrí
y por quien él me maltrata,
dispuesta, fácil, traviata,
debia sentarse aquí. (En el sofá.)
Por tenerle más seguro,

segun el uso corriente,
se sentaria ahí enfrente
ese marido perjuro.
La conversacion seria
un duo inmoral, impio.
Ella: «¿Me quieres, bien mio?»
El: «¿Me adoras, vida mia?»
Ella: «Tardaste en venir
y me has hecho padecer.»
La bruja de mi mujer
no me ha dejado salir.
(Furiosa.) ¿Bruja yo? Claro que si
estorbo, y es de rigor...
¿Bruja yo? y es la mejor
ausencia que harán de mí.
De vergüenza estoy herida:
mal que no les matará,
que ella la ha perdido ya,
y él no la tuvo en su vida.
(Se levanta. Se oye un carruaje.)
Pero, ¡calle!... Si ese ruido...
¡Sufriré el último ultraje.
(Se asoma al balcon.)
Llega á la puerta un carruaje.
¡Mi marido, mi marido!
Justo es que me presente
siquiera por egoismo;
y es natural, que ahora mismo
le reciba dignamente. (Vase.)

ESCENA IV.

POMPEYO.

(Al salir Margarita avanza Pompeyo al proscenio.)
¡Santa Cruz, Santa Teresa,
San Benito, San Antero!
Todos los santos varones,

todas las santas del cielo,
amparad á ese infeliz,
proteged á ese mancebo.
Que si mi mujer airada
lo coge por el pescuezo...
si conmígo lo equivoca,
lo estrangula sin remedio.
¡Si me pudiera escapar!
Pero ¿cómo? si no puedo.
¡Si me pudiera esconder...!
Si pudiera... ¿Santo cielo!
¿Y si viene esa criatura,
y si llega ese sujeto,
y si en lugar de ser dos
esta noche... ¡Dios eterno,
somos tres con mi mujer
ó cuatro con ese memo!
(Suena una bofetada en la escalera.)
¡El bofeton! Lo esperaba:
digo, no, que no lo espero! (Se oculta.)

ESCENA V.

MARGARITA.

No debí salir furiosa:
hice muy mal, lo confieso;
le he dado una bofetada
al vecino del tercero.
Medio loca por la ira
y ciega por el despecho,
á oscuras en la escalera,
él despacio y yo con tiento
le di en las mismas narices
al que creia mí dueño,
y al recibir el sopapo
lanzó un grito, y por su acento
conocí que no era el mónstruo

que causa mis sufrimientos!
Un fósforo el ofendido
enciende, retrocediendo;
yo, me quedo medio muerta,
y él quemándose los dedos.
Yo, blanca como el papel
y temblando y maldiciendo,
y él, con las narices más
coloradas que un pimiento.
—Caballero, yo le digo;
perdone usted, no hallo términos
con que esplicar el motivo
de este mi ataque violento.
Mi marido no es marido,
es un grano que yo tengo.
Lo espero aquí, en esta casa,
tomé á usted por el perverso.
Levanté la mano, y...
¡Ay, señor, cuánto lo siento...!
El buen hombre, que es muy fino
de educacion, y muy grueso
de cuerpo, y que se conoce
que está acostumbrado y hecho
á cariños semejantes
y que no es este el primero,
abrió una boca más grande
que la casa de Correos,
y contestó deshaciéndose
en galantes cumplimientos.
El siguió por la escalera
y yo me metí aquí dentro.
¡Válgame Dios y qué cara
que ponia el buen sujeto!
Y si es casado y lo espera,
como yo al mio lo espero,
una... justo, de mi temple,
y lo vé así echando fuego,
lo ménos que se figura

es que aquellos cinco dedos
que le señalé en la cara
son de mujer, ya lo creo.
Pero si bajan aqui
y despues crece el enredo
y la cosa se complica,
le presentaré á Pompeyo
para decirle... «Ecce homo.»
Ecce... marido protervo,
descargue usté, amiga mia,
pero descargue usté recio.
Yo le pegué un bofeton
á su esposo santo y bueno,
rómpale usté una quijada
á este traidor, y laus Deo. (Pausa.)
(Vé asomar unas botas por debajo de la cortina.)
¡Allí está, es él, me lo dicen
esas botas de becerro!
Por la boca muere el pez,
y tú..., por el zapatero.
Movimionto en la cortina,
todo lo habrá estado oyendo.
(Pompeyo sale del gabinete y sin que le vea Margarita se coloca detrás de ella, hasta que el diálogo indica el momento en que ha de arrodillarse á sus piés.)
Ya se enteró; ya me teme;
ya sale del agujero. (Viéndole salir.)
Ya va á estallar la tormenta...
¡y ahora si que no me atrevo...!
¡Si me quisiera! ¡Imposible!
Si es capaz, si en un momento
á mis pies se arrodillara
pidiendo perdon... ¡Pompeyo!

ESCENA VI.

MARGARITA, POMPEYO.

POMP. Si. yo mismo, tu marido,
á quien lazo bendecido
contigo unió en San Andrés;
aquí estoy arrepentido
de rodillas; ¡ya me vés!

MARG. (Recobra su furia al ver la humildad de Pompeyc.)
Conque es usted, so tunante,
alma vil y condenada,
quien tiene valor bastante
para ponerse delante
de esta mujer engañada?

POMP. Fué un error, un compromiso,
un azar; ¡yo no sé qué!
Justificarme es preciso,
y si tú me dás permiso...

MARG. Corriente, esplíquese usted.
(Le dá la mano y se sienta á su lado.)

POMP. Una ocasion, un momento,
sujeta el libre albedrio,
y...

MARG. Prosiga usted su cuento.

POMP. Apéame el tratamiento,
llámame de tú, bien mio.

MARG. No hablemos de eso.

POMP. ¡Ay!

MARG. ¡Suspiro!

POMP. Iba yo tranquilamente
y ella se me puso enfrente...
La conocí en el Retiro.

MARG. ¡Como á mí!

POMP. Precisamente.
Fuí detrás de ella y quizás
creyó ver en mi semblante

lo que no pensé jamás.
Ellas siempre van delante...
MARG. ¡Y ellos siempre van detrás!
POMP. Era una cara divina,
una vírgen de Murillo,
y la seguí...
MARG. ¡Pobrecillo!
POMP. A la calle de Gravina
esquina á la del Barquillo.
Y mi mente enamorada
amante empezó á soñar,
y acabé yo de rondar,
cuando bajó la criada.
—¿Saldrá pronto el alma mia?
Y me contestó la arpía:
«Al tocar las oraciones
irá á casa de su tia
doña Concepcion Quiñones.
Y yo que solo por ver
hasta dónde por tu amor
sabria mi afan vencer,
te dije que iba á emprender
un trabajo superior.
Si por impulso y manía
se exalta mi fantasía
cuando miro á una mujer,
es porque yo suelo ver
en todas ellas la mia.
MARG. Pues maldigo esa aficion
que resulta un devaneo.
POMP. ¡Blandura del corazon!
Hasta en doña Concepcion
me parece que te veo!
MARG. ¡Gran lisonja! En tu falsía
quieres convertir mis penas
en motivos do alegría.
POMP. No, mujer, si es que tú llenas
por entero el alma mia.

Sueño que nació en la mente,
de mi vida en el sendero,
ave, flor, sombra, corriente,
y estrella que refulgente
marcará mi derrotero.
Mi esperanza realizada,
mi felicidad colmada,
mi reina gobernadora,
Margarita idolatrada
Margarita encantadora!
Por mi hijo, por tu Andrés,
haz que ese niño te vea
amante como me vés,
porque no quiero que sea
el último que me dés.
Y hoy te entrego en mi ansiedad
esta carta aquí escondida,
y verás...

MARG. ¡Dios de bondad! (*La coje.*)

POMP. Cómo triunfa la verdad
de la apariencia mentida!

MARG. Ya el nudo desenredado
conmigo confesarás,
y desde hoy me jurarás
no apartarte de mi lado.

POMP. Jamás, mi vida, jamás!
Incidente baladí
te causó tanto furor;
¿qué hacer por mi amor, por tí?

MARG. ¡Pues arrodillate aquí
y entona el yo pecador!
Confiesa que has sido infiel,
que tu proceder artero
merece horrible y cruel
un bofeton, como aquel
que se llevó el del tercero:
que me hiciste una traicion,
que desde hoy te enmendarás,

que me has dado un sofocon,
y que me pides perdon
y que ya no lo harás más.

POMP. Que no me guardes encono.

MARG. Que sea firme el juramento.

POMP. ¿Abonas mi enmienda?

MARG. Abono.
¿Te arrepientes?

POMP. Me arrepiento.
¿Me perdonas?

MARG. Te perdono.
(Se levanta Pompeyo y coge Margarita el gaban, sombrero y baston.)
Y ahora el gaban puesto así,
y ahora el sombrero con arte,
y el baston...

POMP. ¡Triste de mí!

MARG. Y ahora vámonos de aqui
con la música á otra parte.
(Al público.) Señoras: en la batalla
de la vida, esta ley rige;
el hombre peca y exige,
la mujer perdona y calla.
Lo de siempre es lo constante,
es la costumbre más cierta;
es que el hombre se divierta
y que la mujer se aguante.
Deseo por lo demás
que escucheis estos reproches
en la escena por las noches,
en vuestra casa... jamás.

FIN.